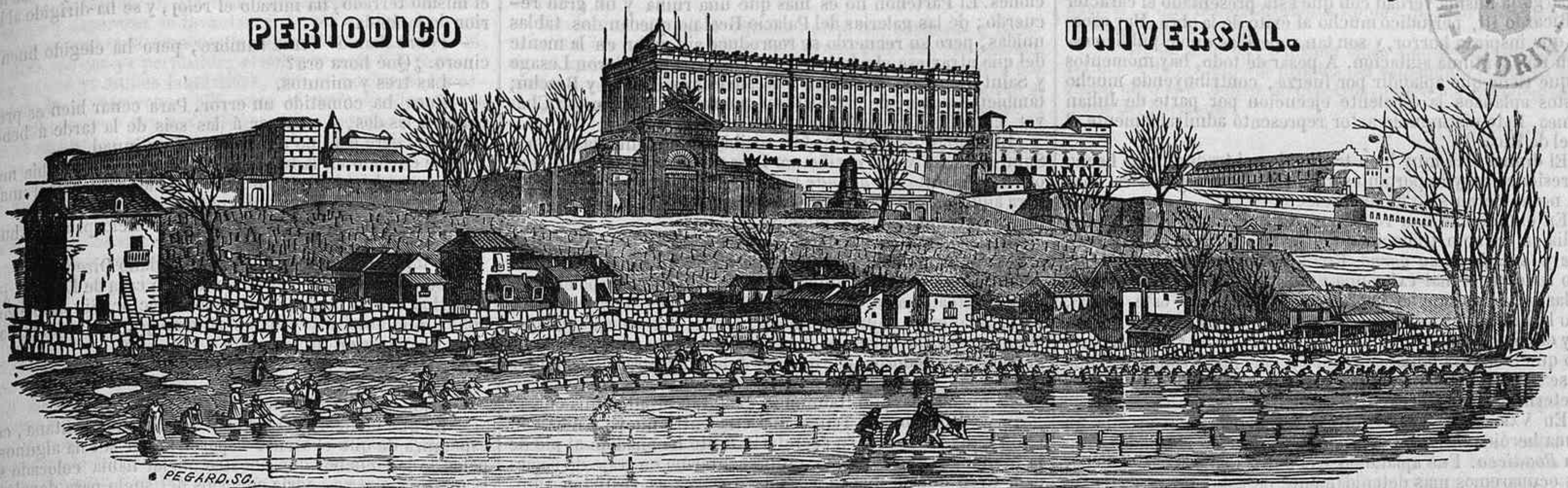


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 203.—SÁBADO 19 DE FEBRERO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

DOÑA TEODORA LAMADRID.

Creemos que nuestros lectores recibirán con gusto el retrato de la inspirada artista que ocupa hoy el primer puesto en el teatro español. Sentimos no poder dar al mismo tiempo algunos apuntes biográficos de la actriz que cuenta sus triunfos por las veces que aparece en la escena; pero si hoy no nos es dado hablar de su brillante carrera escénica, nos lisonjea la esperanza de poderla consignar en otra ocasión de las muchas en que tendremos que llenar el grato deber de felicitar á la señora Lamadrid por los triunfos que aun la esperan.

REVISTA DE TEATROS.

Cesó el bullicio del carnaval, y vuelve el público á fijar su atención en los teatros.

PRÍNCIPE, VARIADADES, CIRCO. Estos son los coliseos que llegarán seguramente á puerto de salvación. Los demás han fallado... seanles las deudas ligeras. El TEATRO REAL vive, pero muy poco favorecido por el público: tan poco favorecido, que será preciso colocar estufas en medio del salon para no morir de frío.

Concluidas las representaciones del *Sullivan*, que ha proporcionado al teatro del PRÍNCIPE grandes utilidades, se ha puesto en escena el drama en cinco actos titulado *Ricardo III*.

La acción empieza en la época en que los partidarios de la casa de York y de Lancaster se reconciliaron y se propusieron unidos derribar al usurpador. Para hacer esta union mas sólida, convinieron en el casamiento del duque de Richmond con la princesa Isabel, hija de Eduardo IV. Conociendo el astuto monarca todo el peligro de esta union, se dirigió á la corte de Roma solicitando una dispensa para contraer enlace con su sobrina, heredera legítima del trono, y asegurar de este modo su usurpacion. Isabel rechaza la mano del asesino de sus hermanos, y desde aquel momento queda espuesta al rencor y al odio del rey.

Hay un personaje de suma importancia en el drama, Scroop, hombre del pueblo, que presenta á Ricardo una soberbia cota de malla, y de cuyo carácter queda prendado. En premio de su habilidad le nombra bufon de la reina viuda, y de este modo podrá espiar á la princesa; pero el bufon es un agente de Richmond, y colocado ya al lado de Isabel está dispuesto á salvarla.

Figura tambien al lado de Ricardo un confidente suyo, Rutland, hombre consagrado á su servicio y cómplice en todos sus crímenes. Rutland ve con envidia la privanza del nuevo bufon, y mas astuto que su mismo amo, descubre que es un traidor, y que de acuerdo con la viuda de Eduardo deben acudir á una entrevista á casa del alquimista Haukins.

Ricardo falto de dinero se ha propuesto exigir fuertes sumas á los judíos, persiguiendo de muerte á los que se negaban á pagar la cantidad que les pedía. Esta orden ocasionó

una sublevacion en el barrio que aquellos ocupaban, y algunos tuvieron que huir.

El alquimista Haukins es un hombre generoso, y da asilo en su casa al viejo Samuel, que huye de los soldados del rey: Samuel es Rutland disfrazado, y se vale de este medio para descubrir los proyectos de la reina y del bufon Scroop. El rey llega á casa de Haukins, sabiendo que se ha introducido allí uno de los principales judíos, y consigue que el criado del alquimista le indique el sitio donde se oculta, pero Rutland

prepare el narcótico, pero que en vez de algunas gotas que producen el sueño, deberá echar cincuenta, que segun Haukins, ocasionan la muerte. En seguida le obliga á que le indique el resorte de la puerta secreta por donde entró el viejo Samuel, y llamando á dos de sus soldados, les manda que entren por ella y maten al judío. Entran aquellos, y á los pocos instantes sale Rutland arrojando el disfraz y herido.

Revela al monarca que se ha valido de aquel medio para espiar á la reina, le hace ver que Scroop no es el nombre del bufon, y Ricardo le insta á que le diga su verdadero nombre; pero la herida de Rutland es mortal y espira sin poder revelarlo.

Ricardo se ha apoderado de una carta de la reina á Haukins, en la cual se designa la hora en que ha de preparar el narcótico. Scroop lo sabe, y para ponerse á cubierto cuenta al rey su entrevista con Haukins y sus proyectos de la reina. Ricardo ha mandado ahorcar á Scroop, y al oír esta confesion revoca la orden, y se ve burlado en sus sospechas, no sabiendo si debe ó no dudar del que cree que es traidor á su persona. Llega la hora en que Haukins ha de dar el narcótico á la princesa, y Ricardo le obliga á prepararlo en su presencia, amenazándole con matar á su hija si sale Isabel de su letargo. Haukins ha dado su palabra á la reina, y todo lo arrostra por cumplir con ella. Toma Isabel el narcótico; el efecto que produce es instantáneo, y entonces entra el rey rodeado de los nobles, y acusa á la viuda de Eduardo de haber dado muerte á su hija. Procura aquella defenderse de tan atroz calumnia, pero Ricardo presenta entonces la carta dirigida á Haukins, y en vano apela la desgraciada madre á los sentimientos generosos de aquellos á quienes tantas veces ha colmado de beneficios. Apela por último al juicio de Dios, y Ricardo declara abierto el panteon, pero no hay un solo noble que se presente á defender á la reina. Scroop es el único que los desafía á todos, arrojando su guante al rey; pero este le oye con una sonrisa de desprecio, y manda llamar al verdugo para que lo recoja.

Scroop se apodera de una hacha, declara su verdadero nombre. Es Raoul de Foulk, hombre temible y partidario decidido de Richmond; se abre paso, y sale al campo, sublevando á algunos soldados. Llega entonces la noticia de haberse puesto en movimiento las tropas de Richmond, y Ricardo se apresta al combate.

El último acto tiene lugar en el panteon del convento de Leicester. La reina vela al lado de su hija, que no ha vuelto de su letargo. Dighton y Forrest, dos criados, del rey velan tambien por espacio de cuarenta y ocho horas, con orden de asesinarla. Se oye entonces el ruido de armas y las voces de viva Richmond; entra Raoul á la cabeza de los vencedores y se acerca al panteon donde está depositada la princesa.

Ricardo aparece tambien cubierto de heridas, y al verle los partidarios de Richmond, quieren matarle, pero Raoul se interpone pidiendo respeto para el vencido.

Ricardo se apoya en una cruz de piedra, y aunque sin



Doña Teodora Lamadrid, primera actriz de los teatros de la corte.

ha cerrado la puerta por dentro, y descosó el rey de apoderarse del judío, descubre que hay otra puerta que conduce al mismo sitio donde aquel está escondido.

Llega la reina y Scroop, y Haukins se ofrece á preparar un narcótico que haga aparecer como muerta á la princesa Isabel. Entonces será depositada en el panteon de Leicester, y desde allí conducida al campo de Richmond.

Va á salir el rey y se detiene al ver á la reina y al que cree su bufon, oye sus últimas palabras, los deja marchar, y dirigiéndose al alquimista, le dice que está conforme en que

Hermann fué derribado... Lubberto hizo bajar la cabeza de su caballo de un puñetazo, y con la otra hirió sus ijares con tantos latigazos como veces hundía sus pies en ellos las espuelas.

El caballo salvaje corre con menos velocidad, cuando á sus lados corren los 'obos hambrientos que le escitan con sus colmillos. Las cuatro herraduras del caballo se inflamaban al chocar con la nieve, y arrojaban tantas chispas que se hubiese dicho que salpicaban sobre el torrente de lava.

Si, aun entonces hubiese corrido el caballo con menos velocidad, y sin embargo el ginete estuvo dispuesto á echar pié á tierra creyendo que andaria mas aprisa... Estaba loco... é inclinándose, tendido sobre él como sobre el lomo de una yegua de Africa, mezclaba con su crin sus desaliñados y erizados cabellos... Su capa se extendía recta tras él, como el ala del buitre que se cierne, ó una vela que arranca el viento de sus amarras.

Qué os diré? No se puede á las veces tratar de describir sino lo que hiere la vista... Porque en cuanto á lo que pasaba en el alma de Lubberto, él mismo no podría explicarlo sino por medio de mil imprecaciones inarticuladas; y hay muy pocos hombres que hayan experimentado tales pasiones, para que su lenguaje se haya sabido si existe.

Elena! Elena!... Este nombre mas querido y dulce que nunca hería todas las fibras de su cerebro, lo conmovía en todas las palpaciones de su corazon y de sus sobrescridas arterias. Lo oía en cada soplo que el viento arrojaba á su oído, y en medio del estrépito de la carrera sobre la nieve congelada y rota... Lo veía trazado en caracteres ensangrentados; volar, aumentarse, estrellarse contra las azuladas nubes del pálido horizonte de invierno... Tenía en rededor suyo mil fantasmas que todas ostentaban un mismo rostro.

Pero no oía al toque de arrebató rodearle cual otro horizonte de ecos y de zumbidos siniestros, y arrojar por todas partes mil clamores trémulos, que unas veces parecia pasaban por su lado dejándole su falaz noticia, y otras llamarle de lejos como si, men-



Una matanza de cosacos.

—¿De qué pues me quereis consolar?... dijo Lubberto.

—Arnold vive, dijo el capitán... y mentía.

—No me engañeis, padre mio, exclamó el jóven... ¿Qué ha sucedido? ¿Se ha ocultado? La han llevado herida? ¿Ha muerto pues?...

Un estrecho abrazo fué la única respuesta de su padre.

—Muerta! prosiguió Lubberto separándose: ¿muerta de miedo? ¿La han asesinado?... ¿De qué modo?...

—Ay! hijo mio, dijo el capitán, ¡era preferible que la hubieran asesinado los infames!...

Lubberto comprendió muy pronto... sus



Una matanza de cosacos.

sajero rápido, fuese este el mismo sonido que recorriese la comarca sembrando su vuelo un rastro de gritos lúgubres... No oía este ruido extraño y pavoroso que parece salir del seno de la tierra cuando muchos hombres se agitan en su superficie, y que el temor conmueve á todo un hormiguero.

Ah! ciertamente hay instantes en que nuestra alma nos abandona, y en los que nuestros sentidos se extravían en buscarla... Lubberto llegaba á un sitio desde donde se descubría la ciudad, y sus ojos se fijaban en vano en el incendio. Lubberto no lo veía: no veía á los paisanos que corrían por todas partes á pié ó á caballo, y de los cuales muchos se esforzaban por seguirle gritando: ¿qué hay de nuevo?...

Hé aquí la casa de Elena... El fuego no la devora... Nadie se halla á la ventana donde la vió la víspera... Una de sus hojas está cerrada; la otra se inclina y balancea por el viento, sostenida solo por un clavo.

El caballo pasa... Lubberto echa pié á tierra... Se detiene... Habla en voz alta de intento, mirando siempre... Nadie!

La puerta está entreabierta: entra, llama... Nadie!... Ninguna huella de ser viviente, sino sangre en el suelo... Qué corazon la ha derramado?... Quién responderá? Nadie! El parálitico mismo está ausente! ¿Dónde está? «Sabeis muy bien, decia, que nunca abandonaré al anciano.»

Lubberto corre á través de la ciudad... Ah! ¡Cuán espantosa es la escena de la cual no cuida! ¡Tantos males en una noche! Llega á su casa. Su padre está apoyado en el dintel teniendo de la brida el caballo, que habia llegado sin su amo...

Acoge á su hijo en sus brazos, y lo lleva cubriéndole de besos y de lágrimas...



Una matanza de cosacos.

puños cubrieron sus ojos... pero la imágen horrosa no pudo ocultársele: la atroz verdad embargaba toda su alma.

Es preciso decirlo: lo que experimentó en un principio fué menos rabia ó dolor, que una profunda é indecible compasión hácia esta desgraciada jóven; sintió menos su propia desesperacion que el horror de tal fin. Pero no pensó como su padre, que fuese preferible que hubiera muerto, y hubiera querido verla para prosternarse á sus pies, para anegarla de besos y de lágrimas.

Después la rabia se apoderó de él... Se dirigió á un escudo de armas colocado bajo el retrato de Kléber, y alcanzó el sable de honor que su padre habia ganado en la campaña de Holanda.

—Lubberto! Lubberto! exclamó el capitán arrojándose á él, ¿quieres suicidarte, hacerme morir?... El pobre Arnold, Lubberto, ignora lo que ha sido de él...

—Suicidarme! respondió el jóven; haceros morir!... suicidarme, mientras que haya que derramar, que beber una gota de su sangre! ¿Me conceputais un cobarde, capitán, un loco?... ¿Ser causa de vuestra muerte!... No! no! alegraos, antiguo soldado: vais por el contrario á volver á la vida, porque quiero degollar á tantos, creedme, en un solo dia, como vos en toda una guerra... ¡Y si llevan mujeres é hijos consigo, quiero ser vengado en ellos.

—Sí, exclamó el capitán, reunios, corred: podeis alcanzarlos aun... y matar de ellos cuantos podais... Te seguiria de buen grado, hijo mio, añadió con melancolía; pero mi maldita pierna de madera ni aun puede sostenerme...

Y en efecto, el veterano, defendiendo con heroísmo su casa, juntamente con sus criados, habia sufrido muchos tiros, de los cuales uno le destruyó su apoyo.

—Les haré pagar caro hasta esa herida, respondió Luberto... Adios, padre mio... abrazadme... Si me abrazais á mi regreso, percibireis el olor de la sangre extranjera... Adios...



Una matanza de cosacos.

—Ay! dijo Saurfield reteniéndole aun en sus brazos, que tu hermano no te acompaña!... Arnold... Arnold... ¡pobres hijos míos!...

—Sí, dijo Lubberto, Arnold! Elena!... añadió con gritos penetrantes, y entonces, en vez de partir, se sentó en el suelo, y lloró con tales sollozos, que un niño, hijo de Hermann, que le miraba con la mano apoyada en la puerta, se puso él mismo á llorar y á gritar de miedo.

—Eras como él, dijo el desgraciado fijando su mirada en el niño; amable, bella, inocente, tímida, y no podías, como él, ver llorar á nadie sin llorar tambien; y tenias miedo á la muerte, como él tiene miedo á solo su sombra... Te amaban todos los niños... Todos te amaban... Yo solo, Elena, yo solo... Oh! no he podido defenderte, pero voy á vengarte. Marchemos!

Se levantó, ciñó la espada, ensilló su caballo, metió dos pistolas en sus fundas, vió si en su bolsillo tenia aquel cuchillo largo que le habia ayudado á defender á su padre, montó á caballo, y mirando al capitán, hizo un ademán y se dirigió á galope hácia las casas consistoriales.

—Arnold! pensaba el veterano, siguiendo á su hijo con la vista, Arnold, ¿volverás juntamente con él? Volverás, Lubberto?... Oh patria! ¿perderé mis dos hijos por tí?... Tengo aun dos hijos que perder!

—A mí, á mí, exclamó Lubberto entrando precipitado en la sala consistorial, donde la multitud de habitantes se oprimía, mezclada con los compatriotas reunidos al ruido del toque de arrebató; á mi, alsacianos!... Quereis oirme? quereis seguirme?

Estaban allí, no sabiendo qué partido adoptar.

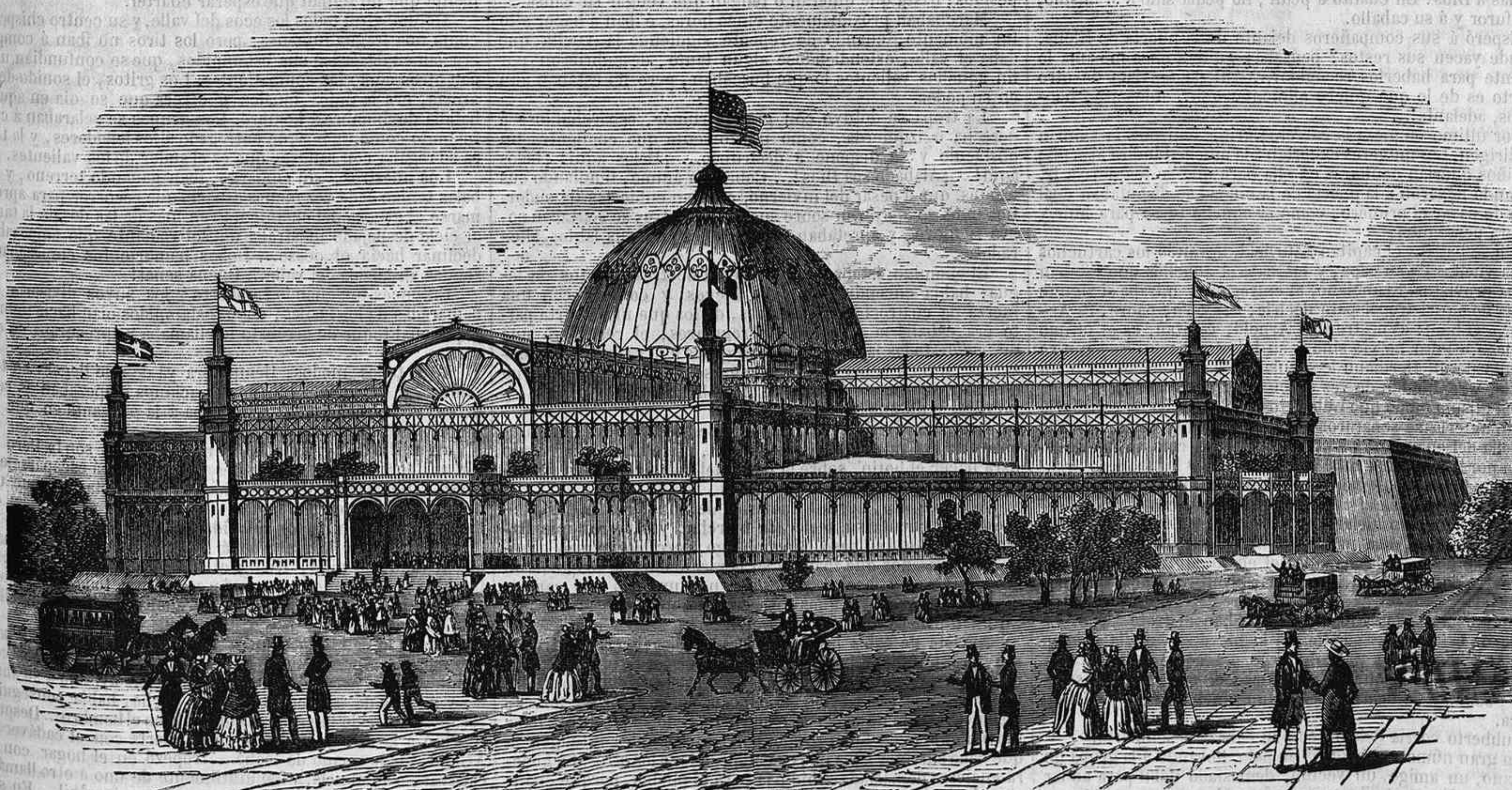


Vista de Nueva-York.

Todos hablaban. Todos enmudecieron, todas las miradas se fijaron en Luberto. Los hombres nunca prestan tanta aten-

—Hay aquí muchos a quienes conozco y me conocen... No hablo respecto de los de la ciudad, de los que muchos han

—*Das ist wahr!* (eso es cierto) dijeron muchos aldeanos. —Pablo, prosiguió Luberto, de nuestros amigos de las



Palacio de la Exposicion en Nueva-York.

cion como cuando sufren. Luberto subió á una mesa, diciendo:

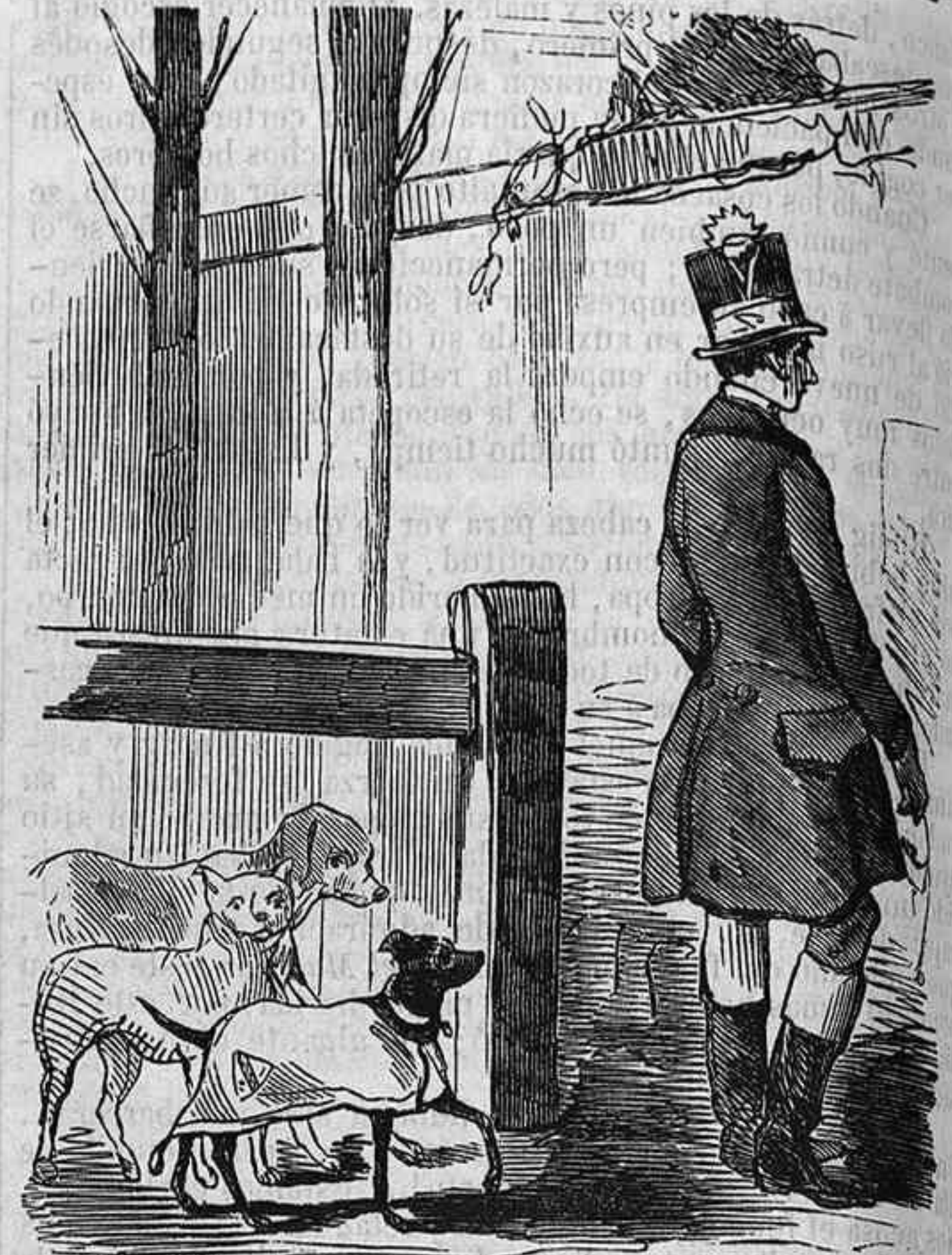
conocido á mi padre, hombre que ha dispensado beneficios al pais...

inmediaciones. He perseguido la caza del lobo mas de una vez junto con ellos; he pasado la noche en sus casas, en medio



Aventuras de Carnage.

—¡Cómo! exclamó Justina. Habrán notado...
 —Mi diente se ha caído, dijo la marquesa con desesperado acento; y allí... en el salón, delante de todo el mundo; Oh! ha sido un golpe premeditado... sí... no hay remedio: ella habrá sabido que me falta un diente y que llevaba otro postizo, y habrá inventado esos pífidos pastelillos...
 —¡Señora!... ¡Pastelillos!...
 —Sí... al comer uno de ellos... mas duro que pedernal, aunque cubierto de flan espeso... mi diente... se ha quedado... clavado en el pastelillo... como un puñal... Todos lo han visto... me puse encendida como la grana... después pálida como la cera... Los caballeros y las damas se mordían los labios para no reirse.
 —¡Dios mio! ¡Qué contratiempo!
 —No me lo recuerdes... Yo he fingido una indisposición... he pedido el coche y me he marchado de allí. ¡Ah! Te prometo que no he de vivir tranquila hasta que me venga de la viuda. Esto, si otras personas quisieran ayudarme, sería muy fácil, porque me consta que ella se tñe el pelo y usa además...
 Al llegar aquí la marquesa, la interrumpí con un vigoroso ladrido, pues acababa de descubrir á un hombre debajo de la cama.
 —Justina, echa ese perro, porque ya me incomoda, dijo mi ama.
 Pero antes de que Justina se me acercase, habia yo redoblado los lardidos con tanta fuerza, que el hombre, al verse descubierto, salió de su escondite para defenderse.
 —¡Dios mio!... ¡Señora! gritó Justina. ¡Un ladrón! ¡Carnage lo habia visto, y por eso ladraba!...
 —¡Un ladrón!... ¡En mi casa!... ¡Cielos!... Justina, llama á Francisco, á José, á Pedro, á todos los de casa.



Aventuras de Carnage.

no, después de haber pasado el día en el hotel de una amiga: cansada ó tal vez indispueta, pasó á su alcoba con la doncella, que desde luego empezó á quitarle sus adornos y ponerle su bata de noche. En mi calidad de perro, estaba iniciado en todos los misterios de la alcoba, y la marquesa me permitía que me acercase á ella, cuando estaba en el tocador: tambien solia ponerme sobre sus rodillas por las mañanas, mientras la peinaba Justina, que este era el nombre de la doncella, y se entretenia en hacerme mil caricias.

Dicha noche me presenté, como de costumbre, á mi ama, espresándole mi júbilo y solicitando sus caricias; pero bien fuese, segun queda dicho, porque estuviere cansada, ó enferma, apenas fijó su atencion en mí. Inquieto al contemplarla tan indiferente y resentido por no haber obtenido de ella una sola palabra zalamera, la seguí hasta la alcoba, donde me dejó entrar sin inconveniente. Obró en esto con acierto, porque no bien estuve dentro, cuando entre los olores perfumados que allí se aspiraban, percibí uno muy extraño, que hasta entonces nunca habia conocido en semejante sitio.

—¡Qué cosa tan particular, gruñí entre dientes, no parece sino que hay aquí alguna persona, que no ha penetrado hasta hoy!

Y olvidando al punto las caricias que en vano solicitaba, puse el morro pegado al suelo, respirando fuertemente: aquel olor subió por mis narices mucho mas pronunciado que antes. Ya no podia yo dudar; habia un extraño en la alcoba, pero era preciso encontrarlo, y al efecto empecé á buscar y á patear por todos los rincones.

Entre tanto hablaba mi ama con Justina, y estaba al parecer muy incomodada.

—Justina, le dijo de pronto, ¿estás segura de que no has hablado?

—¡Yo, señora!... Pero... ¿qué quereis decir?

—Si has hablado... debes comprenderme perfectamente...

—Tendrias razon, señora marquesa, si en efecto hubiese desplegado los labios; pero como nada he dicho, no os comprendo, y por lo mismo ignoro de lo que se trata.

—Se trata... de que estoy furiosa, pues me acaba de suceder un lance muy desagradable.

—Ya se conoce que estais de mal humor, cuando ni una fiesta habeis hecho al pobre Carnage.

—Para perros estoy, Justina!

Yo escuchaba sin abandonar mis pesquisas por la alcoba.

—Vengo del hotel de la viuda de Orville, añadió mi ama.

—¡Ah! de casa de la morenita que comió aquí hace dias...

—Sí, y que quiere hacer al caballero de Saint-Leon el sacrificio de su viudez. Me ha jugado una treta, que merece el suplicio de la horca, porque no puedo creer que haya sido casual... Estoy segura de que alguna indiscrecion... no te acuso, Justina, creo en tu afecto... pero tal vez el dentista...



Las cenas del Directorio.



Las cenas del Directorio.

Justina, que no perdía fácilmente la serenidad, agitó con violencia la campanilla. Por mi parte hice presa en una pantorrilla del desconocido, y me propuse no soltarla; pero ¿qué podía hacer con mis denticillos contra un hombre fornido? En la alcoba no habia mas que dos mugeres y el asesino; si efectivamente lo era, podia perpetrar su crimen, á pesar de nuestros esfuerzos reunidos. El peligro era inminente, pues aquel hombre se orientó de la situacion y me arrojó de un puntapié hasta la puerta que daba salida al gabinete de la marquesa. En seguida se dirigió hacia esta, que lo mismo que Justina, pedía favor á gritos, cuando afortunadamente llegaron los criados del hotel, y precipitándose sobre el ladrón, lo sujetaron, hasta que el conserje llegó con soldados de un cuerpo de guardia inmediato. Lleváronse al malhechor, y mi ama, cediendo al peso de tantas y tan violentas emociones, se desmayó en los brazos de Justina. La noche se pasó agitada; pero al siguiente dia pensaron en mí y en el importante servicio que habia prestado.

—¡Pobre Carnage! exclamó la marquesa: le debo la vida, y nunca, nunca se separará de mí, pues lo conservaré mientras viva.

Se refirió el suceso y me colmaron de elogios.

Desde entonces llegué al mas alto grado de favoritismo: siempre se me encontraba en el salón, al lado de mi señora; subia á todas partes, á las sillas de tapicería, á los sofás, sin que nadie se atreviese á incomodarme para sentarse, porque sabian que lo contrario hubiera disgustado mucho á la marquesa. Los que la visitaban iban siempre provistos de mazapanes para mí, pues de lo contrario les ponía yo mal gusto, y este hacia que mi ama no se interesase en los favores ó pretensiones que de ella solicitaban.

Mi influencia, es decir, la de la marquesa ha pasado, pero solo siento la falta de los mazapanes. Por otra parte, la filosofía es una cosa muy útil, y fácilmente se hace filósofo un carlin, que ha sido perro de regimiento, perro de mayoral, perro de cazador, perro bailarín y perro de ciego.

De nada puedo quejarme; tengo cuanto puedo desear, y á pesar del robo cometido en mi persona, la incorregible marquesa me ha regalado un magnífico paletó y me ha puesto un collar de plata dorada á fuego, como para desafiar á los ladrones. Todos los dias salgo á paseo, ya en carruaje con la marquesa, ya con un criado, que me lleva al Luxemburgo. Cuando paso, me miran los demás perros con manifiesta envidia, y gruñen unos con otros:

—Es perro de príncipe, porque solo á un perro de príncipe se le viste así.

Esto halaga terriblemente el amor propio; pero no quiero distraerte con pequeñeces. Volvamos á la narracion de mis aventuras.

(Continuará.)

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estal. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.